

# I

**L**a copiosa lluvia en el horizonte quizás quería enmarcar el retrato del devenir de mi vida en los últimos tiempos en un día tan señalado... y ya es raro que llueva con esa intensidad en Sevilla. El camino hacia el aeropuerto fue un agri-dulce peregrinar de recuerdos, a veces buenos, a veces no tanto; su insistencia había logrado convencerme, una vez más... llegué con poca antelación, atravesé aquella gran nave alumbrada de color blanco y ribetes azules para embarcar las maletas y recoger el billete:

—Aquí tiene su billete, asiento C, fila 9, muchas gracias y buen viaje.

—Gracias.

Alejándome del pequeño mostrador y acercándome a la multitud, oí:

—Pasajeros del vuelo *Ryanair FR8364* con destino Londres, Stansted, por favor embarquen por la puerta número 4...

En ese momento sentí cómo la respiración se me intercalaba, una pequeña punzada en mi interior, que sin embargo no me hizo dar un paso atrás, tan sólo me detuve por un instante cuando la pantalla donde se informaba de los vuelos, tuvo un pequeño error y anunció un vuelo desde Barcelona a Praga, ya se sabe, la tecnología a veces falla... Depositó mis cosas en la bandeja para pasar por el detector de metales, que como siempre, sonó. Acto seguido un policía de mediana

edad, piel morena, cabellos engominados y barba, me cacheó a mano. Una vez finalizado el proceso, recogí mis cosas y encaminé mis pasos hacia la sala 4. Afortunadamente, estaba al comienzo de aquel dilatado pasillo tapiado en vidrio, por lo que no tardé demasiado en entrar al túnel que llevaba directo al avión. Justo en la puerta de éste, una amable chica de ojos color miel, piel pecosa, pelo oscuro y figura estilizada, me dio la bienvenida y me deseó un buen viaje.

Dos horas y cuarto de vuelo que transcurrieron con cierta rapidez, contando con que los vuelos no son lo mío... Pero sentada en aquellos incómodos sillones del espacioso aeroplano, una fémina que por caprichos del azar quedaba a mi lado, de adorables ojos azules o más bien verdosos (pues realmente parecían cambiar de color), piel blanca como la nieve y pelo oscuro como el azabache, me alegró el surco de cielo y mar. Su nombre, Satur, inteligente como jamás antes había encontrado a nadie, con un aspecto entre ángel y demonio, pero sobre todo con una personalidad inconmensurable.

Hablamos largo y tendido, sobre música, cine, trabajo; pero había un tema que hacía que una sonrisa resplandeciente colgara de su rostro... ¡viajar!

—Es un viaje que llevo toda la vida queriendo hacer: poder visitar por fin Laponia, es algo que no sabría describir con palabras... me encanta estar rodeada de frío y oscuridad.

Sin saber muy bien por qué, eran deseos o quizás necesidades que yo también albergaba. Supongo que eso fue lo que hizo que conectáramos de aquella manera tan significativa.

Al bajar del avión ya se notaba el frío, y por una pequeña rendija que quedaba en la unión de la puerta de salida y el pasaje hacia el aeropuerto, pude fijarme en los célebres nublados londinenses. Mientras yo esperaba la maleta, gentilmente Satur se acercó para despedirse, pues ella debía seguir su camino y embarcar en otro avión para la blanca y congelada Laponia.

Nos dimos dos besos y nos deseamos suerte en nuestro peregrinar.

Una vez pude hacerme con mis bienes materiales, me dirigí hacia la sala de llegadas, no sin ir pertinentemente fijándome en los carteles para no perderme. Tan sólo había una pared que me separaba de ella. Después de tantos meses, de sanar tantas heridas, estaba a unos metros.

Atravesé aquella puerta de cristales hacia una sala inmensa, donde un alboroto enorme de gente y altavoces hacía ensordecedor aquel instante, miré hacia ambos lados sin observarla y bajé la cabeza, mientras metía la mano en la mochila para coger un chicle, cuando una voz dulce llegó hasta mis oídos:

— ¡Corvus! ¡Hola! — Ella sí me había localizado.

— ¡Hola Andrea! — respondí rápidamente —. Estás... ¡estás preciosa!

El abrazo pareció eterno. Fue con tanta fuerza por ambas partes que casi temía llegar a hacerle daño.

— ¿Cómo estás, Corvus? Qué ganas tenía de verte... ¡por fin viniste! Pensé que por enésima vez me volverías a poner alguna excusa — dijo con ojos risueños —, pero me alegro de que estés aquí...

— Yo también tenía unas ganas enormes de verte, casi no me puedo creer que después de más de un año te tenga delante...

— Pues sí, ha pasado mucho tiempo, pero ahora toca disfrutar de tu estancia por aquí. Vamos rápido a coger un taxi para ir a mi apartamento a dejar tus cosas, que tenemos muchos sitios que visitar.

El camino en taxi fue como una dulce brisa de atardecer en lo más alto de una azotea, como si la paloma que se fue de tu lado volviera de lejos con una rama de olivo en el pico... Miradas soñadoras, sonrisas y muchos abrazos, incluso ya nos hicimos algunas fotos. Y realmente era curioso, porque

tras mirarme en el reflejo de los cristales del coche, mi rostro era diferente: mis habituales ojeras habían desaparecido, mi rostro parecía contener una lúcida alegría, y sentía cómo me invadía una incesante energía, y eso que en los últimos meses había perdido mucho peso, apenas comía nada, sólo alguna ensalada que otra, ya andaba por debajo de los 70 kilos, con metro setenta y nueve de altura...

Ella se fijó en mi oscura melena, agasajándola con suavidad, bastante llamativa la verdad: casi me llegaba a la altura donde la espalda pierde su nombre.

— Estás muy guapo... Esa melena tan larga y oscura, esos ojos castaños... Por cierto, la perilla te queda muy bien.

— Gracias — dije, con cierto tono presumido.

Ella estaba preciosa, como siempre, con sus hermosos y grandes ojos marrones, labios carnosos, pelo oscuro, y figura no demasiada pródiga en centímetros de altura, aunque repleta de curvas...

Por fin llegamos a su apartamento, pequeño pero acogedor. Predominaba el color crema en las paredes, sofá, sillón y muebles de la cocina, sin demasiados alardes de decoración, y un tanto desaliñado en el orden; supongo que demasiado trabajo para una chica solitaria en Londres. No tardamos en marcharnos de allí. Como bien decía Andrea, teníamos demasiado que ver y muy poco tiempo, pues un fin de semana no da para mucho...

El frío helaba mis huesos. Es lo que tiene vivir en un lugar con tanto calor y cambiar radicalmente de clima, pero poco importaba; fue una tarde genial, que comenzó llevándome por los famosos mercadillos, en los cuales por supuesto no pude evitar comprarme alguna cosa que otra: colgantes, un bonito mechero *Ronson Senator* de plata que llamó mucho mi atención (seguramente no conseguido legalmente, dado el precio por el cual se vendía), anillos...

Había tal cantidad y variedad de «artículos innecesarios», que era difícil decidirse. Finalmente compré algún obsequio para mis amigos y a Andrea le regalé un colgante de una esfinge preciosa y un simpático gorro de *The Cure*. Fuimos al Big-Ben, paseamos por la orilla del Thamesis, que brillaba como una estrella fugaz en medio de la noche, y a cenar a un restaurante elegido por la señorita. Claro está, recordamos viejos tiempos, amigos, conciertos, viajes, sonrisas y lágrimas.

Y es que nuestra amistad desde el principio había sido confusa. Nos conocimos un caluroso mes de junio en un concierto de *Death cab for the cutie*, en la ciudad de Murcia. Yo estaba allí debido a unos asuntos que se podrían catalogar como laborales, pues por aquel entonces estaba dando mis primeros pasos para abrirme un hueco en el mundo literario. Mis deseos (aparte de poder ser escritor) pasaban por poder dedicarme en un futuro no demasiado lejano a la crítica literaria, tema complejo, pero ese afán había logrado buscarme un hueco en las ponencias y coloquios que aquellos días se daban al respecto.

El caso es que decidí quedarme una noche más para poder asistir a dicho concierto, lo cual me fue recompensado conociéndola. Yo estaba en las primeras filas, con una cerveza en la mano izquierda, y un cigarro en la derecha; no suelo fumar, pero de vez en cuando me apetece. Ella caminaba sorteando a la muchedumbre, con tan mala suerte que al llegar a mi altura tropezó, empujándome y dejando caer tanto mi cerveza como el cigarro:

—¡Discúlpame! No fue mi intención, he tropezado... Madre mía la que he liado, te he tirado la cerveza y te he manchado. Lo siento, de verdad.

—No te preocupes, no ha sido nada, apenas me he manchado el pantalón, tranquila. —Yo siempre con mi a veces odiosa educación.

—No, de verdad, ¿cómo va a dar igual? Mi tropiezo casi te hace caer a ti también; voy ahora mismo a comprar unas cervezas y una es para ti —replicó ella.

—¡Para nada! ¡No es necesario, de verdad! No tienes por qué...

Intenté persuadirla para que cesara en su propósito, pero sin dejarme terminar la última frase, vi cómo se perdía de nuevo entre la marabunta de gente que seguía disfrutando de la música Indie.

Casi diez minutos después de lo sucedido, veo de nuevo aparecer a aquella chica. Anteriormente, con tanto jaleo, no me había fijado demasiado bien, pero cuando la tuve frente a mí con una hermosa sonrisa y aquellas dos cervezas, me di cuenta de su belleza.

—Lo prometido es deuda: aquí la tienes... —me indicó, algo sonrojada y sonriente.

—Muchas gracias, pero de verdad, no era necesario...  
—respondí, agarrando una de las cervezas.

—Claro que lo era, además no encuentro a mis amigos por ningún lado, así que tenía que pasarme por aquí a ver si los veía...

Yo esboqué una tímida sonrisa y ella continuó hablando o más bien gritando, que era la única forma de poder oírnos.

—Por cierto, no me he presentado, soy Andrea —dijo mientras acercaba su rostro para darme dos besos.

—Yo, Corvus, un placer.

—¡Igualmente! ¿Eres de aquí?

—No, vengo de Sevilla, estoy aquí debido a unos asuntos laborales y aproveché para asistir al concierto.

—¡Estupendo! —exclamó—. Yo soy de un pequeño pueblo de Murcia.

Fue toda una maravilla compartir ese concierto con ella; tarareamos, cantamos y acabamos brindando sobre el albero.

Al finalizar me invitó a conocer a sus amigos e ir a tomar algo juntos: Hablamos muchísimo, prácticamente no paramos. Cuando el alba ya amenazaba con iluminarnos, decidimos que era la hora de la despedida, nos intercambiamos los *mails* y nos emplazamos a seguir comunicándonos por esa vía.

De hecho fue el medio que más unió nuestros lazos. No hablábamos a diario, pero ambos esperábamos la mínima oportunidad para poder conversar, intercambiar ideas o contarnos ilusiones y anécdotas. Así fue pasando el tiempo, entre *e-mails*, llamadas telefónicas... y todo esto desembocó en un sentimiento en mí que no lograba entender o quizá no quería hacerlo, pero estaba claro que empezaba a sentir algo por ella, así que decidí proponerle que nos viéramos de nuevo. Ella también tenía ganas, así que me confirmó que vendría hasta Sevilla. Fue todo rapidísimo, lo hablamos y en dos días organizamos el viaje, ¡vendría en una semana! ¡Era genial! Los días se hicieron eternos debido a las ganas, pero todo llega, y un lluvioso octubre fue testigo de todo lo que iba a suceder.

Su llegada fue bien entrada la tarde. Esto, sumado al cansancio del viaje, nos hizo decidir dejar sus maletas en mi casa, que se aseara, e irnos a cenar. Fue una noche muy interesante, que comenzaba en un restaurante de comida italiana. Mientras ambos coincidíamos en la cena (una rica lasaña y pan de piza), contendíamos sobre la película que veríamos en el cine. Ella sostenía que quería ver una producción inglesa; yo prefería un film americano. Al final conseguí mi objetivo... pero sin duda, si recuerdo algo de aquella noche, fue lo que ocurrió a la salida del cine. Era una noche casi de invierno, con una temperatura muy fría e incluso a veces algo de lluvia, lo que casi nos hacía correr al bar más próximo, cuando nos sorprendió una tromba de agua que nos hizo detenernos en la acera de un gran centro comercial, para así poder resguardarnos

bajo su cubierta. Mientras carcajeábamos por lo mojados que estábamos, no pude contenerme ante su sonrisa y la besé. Segundos después, cuando reaccioné, me di cuenta de lo que había hecho y retiré unos centímetros mis labios de los suyos, miré fijamente sus ojos y ella me volvió a besar. Fue un beso larguísimo, era estupendo saciarme de la miel de sus labios. En cuanto escampó, nos cogimos de la mano para llegar al *Guinness* más cercano, donde seguimos disfrutando de cada caricia, de cada abrazo y beso. No sé muy bien cuánto tardamos en irnos de allí, aunque para mí pasó como si hubiesen sido tan sólo unos pocos segundos... pero nada de eso: casi estaba amaneciendo, así que decidimos volver a casa.

Desperté a media tarde del día siguiente. Mientras Andrea dormía me duché, me vestí y miré a ver qué podía comer. Entre tanto ella se levantó y prácticamente siguió mis mismos pasos. Podría decir que también fue una noche muy buena la que se nos venía encima, y nos repartimos mil y una caricias y besos; yo no cabía de gozo, y se me notaba a leguas. Pero siempre me habían dicho que tengo un sexto sentido, y la notaba distinta. Quizás debí hablarlo en vez de dejarlo pasar, pero el recelo me detenía. De todas formas no tardé mucho en confirmar mis temores: dos días después de que ocurriera lo relatado y poco antes de su marcha, quería que habláramos sobre una cuestión. Ambos nos sentamos:

— Corvus, tengo que hablar contigo, porque eres una persona muy importante para mí y no quiero hacerte daño...

Con oír el encabezado supe cuál era la dirección que tomaba el asunto. Respondí con un suspiro y ella se detuvo unos segundos.

— Soy consciente de todo lo que ha pasado estos días y he visto que a lo mejor estás empezando a sentir algo que creo que no es adecuado.